

ROLF-ULRICH KUNZE

**NACIONALISMO:
ILUSIONES Y REALIDADES**
**Una mirada crítica sobre el estado
de la cuestión**

Traducción de
Leonor Saro

KONRAD-ADENAUER-STIFTUNG

Marcial Pons

MADRID | BARCELONA | BUENOS AIRES | SÃO PAULO
2022

ÍNDICE

	Pág.
PRÓLOGO	9
CAPÍTULO I. INTRODUCCIÓN: ¿QUÉ ES EL NACIONALISMO?	11
1. ACTUALIDAD DEL TEMA	11
2. SOBRE LA REALIDAD DE LOS ÓRDENES IMAGINADOS	14
3. BREVE HISTORIA FUNCIONAL DEL NACIONALISMO.....	26
4. ESTRUCTURA, FUENTES, PERSPECTIVAS Y ESTADO DE LA CUESTIÓN.....	34
5. AGENDA OCULTA: EJEMPLOS DE LA HISTORIOGRAFÍA.....	44
6. EL NACIONALISMO DESDE UNA PERSPECTIVA DECONSTRUCTIVISTA	57
7. EL NACIONALISMO Y LA IZQUIERDA.....	59
CAPÍTULO II. TIPOS DE TEORÍAS NACIONALISTAS	67
1. CATEGORÍAS TIPOLÓGICAS E INVESTIGACIÓN HISTÓRICA DEL NACIONALISMO	67
2. ENFOQUE VOLUNTARISTA: ERNEST RENAN	79
3. ENFOQUE ESENCIALISTA: FRIEDRICH MEINECKE	88
4. ENFOQUE MARXISTA-LENINISTA.....	104
5. ENFOQUE TERRITORIAL: THEODOR SCHIEDER	113
6. ENFOQUE TEÓRICO COMUNICATIVO: KARL WOLFGANG DEUTSCH.....	125
7. ENFOQUE DE LA HISTORIA DE LA MODERNIZACIÓN: HANS-ULRICH WEHLER	142
8. ENFOQUE CONSTRUCTIVISTA: BENEDICT ANDERSON	168
9. ENFOQUE ANTROPOLÓGICO: ERNEST GELLNER.....	181

	Pág.
10. ENFOQUE ESTRUCTURAL COMPARATISTA: JOHN BREUILLY.	194
11. ENFOQUE UNIVERSALISTA: IMANUEL GEISS	210
12. ENFOQUE TRANSNACIONAL Y GLOBAL: JÜRGEN OSTER- HAMMEL.....	221
 CAPÍTULO III. NACIONALISMO Y RELIGIÓN. CERCANÍAS Y DISTANCIAS.....	 227
1. RELIGIÓN, HISTORIA, SECULARIZACIÓN.....	227
2. RELIGIÓN Y MODERNIDAD	229
3. TRADICIONES DE LA INTERPRETACIÓN DE LA RELIGIÓN EN LOS ESTUDIOS CULTURALES	233
4. LA RELIGIÓN DESDE UNA PERSPECTIVA HISTÓRICA GLOBAL.	237
5. NACIONALIZACIÓN DE LA RELIGIÓN	239
6. LAS LIMITACIONES DE LA PERSPECTIVA DE LA HISTORIA DE LAS RELIGIONES	241
7. SECULARIDAD DE LOS SUBSISTEMAS SOCIALES	244
8. LA CUESTIÓN DE LA COLONIZACIÓN Y LA RELIGIÓN	246
9. LA EXPERIENCIA DEL <i>KIRCHENKAMPF</i> EVANGÉLICO-LUTE- RANO EN EL TERCER REICH.....	247
10. NO ES UNA RELIGIÓN POLÍTICA	248
11. TEOLOGÍA CRISTIANO-ALEMANA: LOS NACIONALSOCIA- LISTAS LUTERANOS.....	249
 CAPÍTULO IV. ¿CONTINUIDAD O RENACIMIENTO DE LOS NA- CIONALISMOS?	 255
1. MODELO DE CURVA DE ONDA	256
2. ARENA	260
3. ALTERNATIVAS	262
 CAPÍTULO V. UNA MIRADA AL PRESENTE.....	 265

PRÓLOGO

El intenso y crítico diálogo con mi editor en la editorial Kohlhammer, el Dr. Peter Kritzinger, no solo ha sido muy beneficioso para el presente texto, sino también para mí mismo. También me gustaría agradecerle a la editora adjunta Charlotte Kempf su preciso trabajo con el texto.

En este texto se han utilizado las formas del masculino genérico por motivos de brevedad, pero, por supuesto, se refieren también a las personas de sexo femenino que no deben, en ningún caso, sentirse discriminadas. En aras de una mejor legibilidad, he preferido evitar los continuos cambios de tiempo verbal y utilizar en el texto, por lo general, el presente histórico. Los enlaces de internet se han utilizado con moderación y solo cuando las instituciones o publicaciones que las respaldan, sugieren que tales enlaces van a seguir siendo accesibles a largo plazo.

Las palabras que formuló Franz Grillparzer allá por 1849 («El camino de la nueva cultura va de la humanidad a la bestialidad, pasando por la nacionalidad», Grillparzer, 1960: vol. 1, 500) podrían ser la tesis central del presente trabajo. Este epigrama pretende deconstruir la distinción entre el buen y el mal nacionalismo. Para tal fin, en este texto se han aplicado las herramientas de comunicación social de Karl Wolfgang Deutsch.

Karlsruhe, abril de 2019

CAPÍTULO I

INTRODUCCIÓN: ¿QUÉ ES EL NACIONALISMO?

1. ACTUALIDAD DEL TEMA

El nacionalismo populista es actualmente uno de los fenómenos histórico-políticos más discutidos en todo el mundo¹. El 45 presidente de Estados Unidos, Donald J. Trump, reivindica el principio de «*America first*»². Esta manera de entender la política se expresa incluso a través de la rudeza de su lenguaje. Su manera de abrirse paso, literalmente, hasta el primer plano de la fotografía en un encuentro entre jefes de Estado es especialmente reveladora. El eslogan nacionalista «*Make America great again!*» sigue siendo el mensaje central de su campaña populista a largo plazo. Los mensajes nacionalistas no se limitan a Estados Unidos. Los partidos populistas de derechas están actualmente presentes en casi todas las culturas políticas de la UE, cuestionando no solo la cooperación supranacional, sino el conjunto de valores de Europa Occidental y transatlántico consensuados en la posguerra. La omnipresencia del nacionalismo también es manifiesta en el Sur global. Los conflictos de índole nacionalista en Asia, África, América Latina y Oriente Próximo son hoy más graves que nunca. Referente a las catástrofes mundiales provocadas por el hombre, el cambio climático y el nacionalismo se disputan el primer puesto.

En Europa, el nacionalismo es la cuestión política dominante. Hungría, Polonia y Gran Bretaña pueden proporcionar ilustrativos ejemplos sobre cómo una comunicación nacionalista agrava los conflictos existentes y des-

¹ KUNZE, 2005, 1; *vid.* WIELENGA/HARTLEB, 2011: 7-16.

² *Vid.* WOLFF, 2018.

truye el consenso y la cooperación. Este estilo comunicativo suele basarse en una tajante distinción entre amigo y enemigo y pretende con ello ofrecer una alternativa simplista a la complejidad de los problemas políticos del presente. En la polarizada disputa populista, cualquier intento de llevar a cabo un discurso racional es sospechoso de estar en el lado equivocado.

En la actualidad, ningún nacionalismo responde a una necesidad histórica. En la primavera de 2018, tras treinta años de desarrollo posdictatorial, la sociedad húngara, comparativamente homogénea desde el punto de vista étnico y cultural, afectada por la emigración, se ve movilizadora por el temor occidental de demarcación y alienación contra todo lo étnicamente diferente y contra un islam demonizado³.

Los populistas nacionalistas de Orban, que ocupan dos tercios del Parlamento, parecen estar dispuestos a continuar por el camino hacia un modelo de Estado autoritario. El caso húngaro ejemplifica el efecto sinérgico de la comunicación nacionalista xenófoba, que siempre promueve un conjunto de actitudes que no se caracterizan por sus propuestas, sino por aquello que rechazan, entre ellas el antipluralismo, el antiliberalismo, el antiparlamentarismo, el antielitismo o el antisemitismo. Estas «posturas en contra» se refuerzan mutuamente y confirman las fobias nacionalistas difundidas y alimentadas por los medios de comunicación estatales. De este modo, un país centroeuropeo, que hace treinta años fue pionero en la superación de la dictadura y un espacio de tránsito para los ciudadanos de la RDA en camino hacia la apertura de fronteras, y que desde 2004 es miembro de la UE, adapta su geografía política a los temores nacionalistas y se convierte en una fortaleza cercada no solo por vallas y muros, sino también por trincheras mentales. El país se ve confrontado con imágenes difusas del «enemigo», como el islam o Bruselas, mientras que Rusia, que hasta hace poco era considerada la potencia intervencionista e invasora del Este, aparece ahora como un «enemigo amistoso» y como modelo de conducta posdemocrática.

En la primavera de 2018, la República de Polonia, también Estado miembro de la UE desde 2004, pidió a sus ciudadanos residentes en otros países de la UE que, en caso de sospecha de derrotismo, denunciaran a todos los ciudadanos polacos en el extranjero que fueran críticos con la nación en embajadas y consulados. La necesidad de proteger el cuerpo sagrado de la nación de sus enemigos internos es más importante que recordar la victoria común sobre el dominio del comunismo⁴. La reestructuración autoritaria del estado de derecho muestra la división de la sociedad polaca

³ Vid. FISCHER/GÜNDISCH, 1999: 241-261.

⁴ En 1991 Dahrendorf ya observó que esta es una de las posibilidades del uso de la libertad, posicionándose en un ensayo en la tradición de Edmund Burke. Vid. DAHRENDORF, 1991.

por nivel de educación, edad y lugar de residencia. De este modo, se agota un recurso histórico que se ha conservado e incluso reforzado a pesar de todas las divisiones que ha sufrido el pueblo polaco, incluso durante la época del imperio soviético: la legendaria cohesión de todos los polacos, tanto en la patria como en la diáspora, encarnada idealmente por la superpotencia moral de un papa polaco, Karol Józef Wojtyła, Juan Pablo II.

Los excesos del «espléndido aislamiento» del Brexit articulan varias motivaciones nacionalistas, como el rechazo a las numerosas negociaciones que requiere una realidad demasiado compleja, la compensación de la pérdida del estatus imperial y las duras brechas tanto sociales como generacionales del país. La famosa y antiquísima cultura parlamentaria de Gran Bretaña muestra los límites del llamado *government by discussion and tradition*, precipitando al país con el Brexit de una crisis de gobierno a otra. De este modo, se está desbaratando el arte de la buena gobernanza, entre cuyos requisitos se encuentran las virtudes del compromiso, la equidad y la discreción, antaño consideradas cualidades esencialmente británicas.

La cultura política de la República Federal de Alemania también se caracteriza actualmente por una profunda brecha social entre la mayoría sociopolítica de centro y el espectro populista de derechas, que deriva su aceptación política casi por completo de la cuestión de la migración y normaliza cada vez más la retórica populista-nacionalista. De hecho, la relación entre los extremistas de derechas y los islamistas es cada vez más combativa. Esta interdependencia entre visiones opuestas del mundo es un fenómeno bien conocido desde la fase final de la República de Weimar. Los extremos, que en aquel momento estaban ocupados por el nacional-socialismo y el comunismo, están unidos en su odio ilimitado al sistema democrático liberal existente⁵. Sirva esta *Weltbürgerkriegs* analogía como señal de alarma sobre el estado actual de la cultura política, aunque las similitudes entre el partido Alternativa por Alemania (AfD, Alternative für Deutschland) y el NSDAP no tengan fundamento histórico. Sin embargo, hoy en día, al igual que entonces, el Bundestag debe enfrentarse al estilo populista de derechas, a su semántica de la indignación, a su moral de blanco o negro, a las *fake news* y a las teorías de la conspiración. Es imposible que el omnipresente tema de la migración desaparezca en un mundo globalizado, pero si los populistas de derechas polarizan el discurso político, no hay lugar para puntos de vista multilaterales y basados en hechos. La campaña de difamación organizada por los populistas de derechas contra el Pacto Mundial sobre Migración de la ONU en otoño de 2018, que se remonta al portal web de derecha radical Breitbart, ha demostrado una vez

⁵ Vid. KNÜTTER, 1988: 387-406.

más la proximidad del radicalismo y el populismo de derechas, que no se limita en absoluto a la similitud de sus estilos comunicativos.

El retorno del nacionalismo en la República Federal de Alemania se produjo más tarde que en otras sociedades europeas debido a su pasado histórico reciente y a la mentalidad del país. En la inmensa mayoría de las élites culturales de la República Federal, por ejemplo en los ámbitos de la ciencia, la economía, el arte, la cultura o los medios de comunicación, prevalecía un cierto «código cultural» posnacional, no tanto moral como mundano, incluso después de 1989-1990. Tras aterrizar en Austria, Italia, Bélgica, Francia, Escandinavia, Países Bajos y Europa del Este, el nacionalismo populista de derechas ha ido ganando terreno en la República Federal de Alemania a partir de la crítica económica nacional al euro y a la responsabilidad de la deuda de la UE, y ha ido tomando forma parlamentaria. Esto plantea cuestiones sobre la relación entre nacionalismo y populismo que no pueden responderse señalando que los populistas no se llaman a sí mismos populistas. Muchas veces tampoco los nacionalistas se declaran nacionalistas y no por ello se llega a la conclusión de que el nacionalismo no existe⁶. En cualquier caso, Donald Trump, sin ir más lejos, se declara abiertamente nacionalista.

2. SOBRE LA REALIDAD DE LOS ÓRDENES IMAGINADOS

Aunque no podamos ver o experimentar la nación de manera concreta como orden imaginado y comunidad representada en su totalidad, la experiencia cotidiana suscita precisamente esta idea. Este es el efecto de un largo condicionamiento de la mentalidad a través de ciertas narrativas y símbolos que se remonta al nacionalismo del siglo XIX. Este condicionamiento puede llegar hasta la ficción de que las naciones sean la unión necesaria de *ethnos* y *demos*, un elemento estructural natural que siempre ha existido en la historia, si no incluso llegue a formar parte directamente del plan creador de Dios. Este mito esencialista constituye en sí mismo una manifestación típica del pensamiento nacionalista. La nación se entiende como un término taxonómico de la zoología, y la pertenencia a una nación concreta está claramente mediada por étnico y exclusivamente por la descendencia. La historia concebida zoológicamente como una lucha por la supervivencia es el último paso hacia el darwinismo social y el racismo. Estas narrativas consecutivas legitiman el poder autootorgado, la identificación violenta y los márgenes de acción autoritarios. Para los conservadores, la inverosimilitud política y la deconstrucción científica de los conceptos de pueblo y

⁶ Esto es lo que afirma Schöllgen del populismo, 16.6.2018, 11.

nación es dolorosa, tanto intelectual como emocionalmente, porque supone el fin de las utopías comunitarias que constituyen el pensamiento conservador moderno⁷.

El relato esencialista y zoológico de la nación es sencillo, sugestivo, emocional y, por ello, es aún y cada vez más popular. Por ese motivo, ha sido el recurso más poderoso para ganar aceptación política desde la Edad Moderna. Estos son algunos de los motivos más recurrentes de esta narrativa. La nación es antigua. Aparece ya en la Biblia y está en el pasaporte. La nación es el principio más importante del orden político. Es la base de la organización mundial en las Naciones Unidas. Todos los pueblos tienen en común haber nacido en una nación, tener una patria y, por tanto, un hogar. La nación tiene una importancia central para la comprensión del pasado, el presente y el futuro: es un soporte incuestionable de significado para el individuo, la familia, el pueblo y el mundo, y a veces también para la raza. La nación delimita los límites del espacio de participación social y político. Su prosperidad y su gloria militar son expresión de su éxito conforme a su propia naturaleza, así como de la diferencia con otras naciones mercedamente menos exitosas. La nación es la fuente de la identidad y la solidaridad. El orgullo nacional es tan natural como la felicidad y el amor paternos. El mapa de la nación, el himno y la bandera evocan sentimientos de solidaridad y pertenencia: cuando las noticias informan de la muerte de un compatriota en un accidente se desatan sentimientos dolorosos de confraternidad. Por tanto, es justo indignarse y castigar a aquellos que desprecian y, por tanto, traicionan a la nación y manchan su nombre, su historia y su fama. Innumerables héroes, padres y abuelos han caído en muchas guerras por la honorable causa de la nación, en la lucha contra el mal que viene de fuera. La nación está formada por recuerdos compartidos y por la conmemoración de una larga historia. Los monumentos de guerra y los cementerios militares nos lo recuerdan. La nación se experimenta en las victorias deportivas de los equipos nacionales, en el éxito de los líderes empresariales de la nación, de los iconos de los medios de comunicación y de los premios Nobel. El colectivo de la nación no conoce el destino individual. La cultura de la nación es suprapersonal y atemporal, única entre las culturas del mundo. Su aparición y su expansión imperial en determinados momentos son necesidades históricas predeterminadas. La nación es inmortal, porque puede sufrir, aguantar, resucitar y volver a recuperar su antigua grandeza. Las luces y las sombras forman parte de la insigne historia de la nación, y ni la luz puede existir sin la sombra, ni la sombra sin la luz. La nación como epítome del bien no tiene nada que ver con el nacionalismo. Los nacionalistas son aquellos que defienden exageradamente la primacía de una nación sobre las demás.

⁷ *Vid.*, por ejemplo, VON ALTENBOCKUM, 31.12.2018, 1.

Es fácil de ignorar que el núcleo del nacionalismo esté constituido por estos motivos típicos de la narrativa de la nación que permiten pensar la nación en términos absolutos y mantenerla como comunidad imaginada⁸. En caso de duda se esgrime el argumento populista: *tu quoque*: los demás también lo ven así. A menudo identificamos el nacionalismo (que puede reconocerse como una abstracción por el sufijo *-ismo*) con el ascenso del populismo de derechas de la Europa Atlántica. No hay ni un solo problema de la agenda global o de los conflictos entre el Norte y el Sur o entre el Este y el Oeste que no tengan que ver con el nacionalismo. Sin embargo, seguimos tratando el tema como un fenómeno ajeno, no establecemos relaciones estructurales entre el nacionalismo y la nación, y sobre todo no relacionamos nuestra propia nación con *sus* formas nacionalistas (que también son las nuestras). Probablemente solo hay un término, además del concepto de nación, que se ha integrado tanto en nuestro lenguaje y en nuestra percepción cotidianas que ya no lo entendemos como una construcción intelectual: el concepto de Darwin de evolución o desarrollo.

A primera vista, muchas de las dificultades de los intentos históricos de explicar la nación y el nacionalismo parecen estribar en la variedad de términos utilizados para caracterizar y delimitar tales conceptos. Esta confusión es fácil de aclarar, al menos superficialmente, porque los términos positivos, como nación, patriotismo y amor a la patria se contraponen a sus antónimos negativos: nacionalismo, chovinismo y xenofobia. El problema radica no tanto en los términos como en sus diferencias evaluativas. Los sustantivos *nación* y *nacionalismo* actúan como polos magnéticos que atraen ideas latentes y las ordenan siguiendo un determinado patrón. Lo que se suele pasar por alto es que ambos polos son parte del mismo imán. Sin embargo, son las fuerzas del nacionalismo las que generan en primer lugar el campo magnético de la nación.

Las dificultades actuales con la clasificación histórica y política del nacionalismo tienen que ver sobre todo con la unilateralidad y la parcialidad de la perspectiva que adoptamos para su análisis, que considera a la nación de forma positiva y al nacionalismo de forma negativa. Esto no es nuevo. De hecho, este punto de vista ha dominado el debate sobre el nacionalismo desde la doble revolución (Revolución industrial y Revolución francesa). Ha creado un punto ciego en el análisis del nacionalismo, que tiene como consecuencia que cualquier explicación de su funcionamiento se vea obligada a imponerse primero al mensaje de la nación que está grabado a fuego en nuestra sociedad.

Una interpretación del nacionalismo que aspire a la objetividad debe tener en cuenta la relevancia de este problema. De lo contrario, en los aná-

⁸ DEUTSCH, 1972 (1): 202-219.

lisis se echa en falta cierto distanciamiento académico de los conceptos de nación y de nacionalismo. Se argumenta que el nacionalismo en pequeñas dosis puede ser bueno si lo llamamos patriotismo y si se entiende de forma inclusiva y no exclusiva; o que la integración en una sociedad caracterizada por la migración solo es posible a través del fomento de la identificación patriótica. Sin embargo, la única distinción entre nacionalismo y patriotismo radica en qué se concede a quién y con qué fin. De esta manera, no se explican los mecanismos del nacionalismo ni del patriotismo, sino que se demuestra el atractivo del pensamiento nacionalista. El reclamo de la nación y del nacionalismo conduce a afirmaciones esencialistas. La narración marco de la vitalidad de la nación produce un efecto enormemente sugestivo incluso en la crítica del nacionalismo. Así es como se llega al punto en el que historiadores patrióticos conciben planes de inversión étnica (*Umvolkung*) y los asesores políticos justifican genocidios.

La posición que se asume frente a la nación y el nacionalismo condiciona la investigación sobre el tema. En la mayoría de las descripciones del nacionalismo existe un consenso conservador tácito, que a veces incluso se hace explícito: las construcciones históricas y políticas de la nación y del Estado nación se consideran, incluso desde una perspectiva deconstructivista, la base de la organización normal de la política, y el nacionalismo es una excepción y una exageración que pone en peligro esta norma⁹. La nación y el Estado nación parecen ser la norma deseable y aparentemente natural de la organización y la participación política. El nacionalismo, en cambio, es la excepción a la norma, negativa pero controlable.

A continuación, citamos la definición de nacionalismo que ofrece una de las obras de referencia de historia mundial del Centro Federal de Educación Cívica (Bundeszentrale für politische Bildung):

«*Nacionalismo* (lat. *natio*, “nacer, género, origen”) designa un énfasis desmedido y a menudo exagerado del pensamiento nacional»¹⁰.

Esta hipertrofia corresponde a la aparentemente incuestionable evidencia de la nación y de un pensamiento nacional moderado y sano que nada tiene que ver con el nacionalismo. Es muy significativo que el artículo confunda la *natio* latina con la *gens*, el género, y de este modo defina la descendencia como el modo normal de surgimiento de la nación.

Esta distinción es unilateral en un sentido específico y posicional, y sencillamente errónea respecto al funcionamiento del nacionalismo. Constituye uno de los grandes mitos políticos de la historia de la Edad Moderna y pone

⁹ Vid. KUNZE, 2016 (1): 1085-1087.

¹⁰ MEYERS, *Lexikonredaktion*, 1992: 199.

de manifiesto hasta qué punto los patrones nacionalistas han impregnado nuestras percepciones cotidianas tras 250 años de historia del nacionalismo.

El nacionalismo es una forma de comunicación social que refuerza metaideológicamente la validez de otras visiones del mundo, como el liberalismo, el conservadurismo o el socialismo. Sin embargo, el nacionalismo no representa una ideología propia como tal. Por ese motivo, en cuanto a su estructura y funcionamiento, no puede interpretarse en términos de contenido, sino tan solo en términos sociocomunicativos y relacionales. La pregunta sobre el nacionalismo debe orientarse a los cambios que experimenta la comunicación entre emisores y receptores. La nación no es la antítesis del nacionalismo, sino su sujeto. El nacionalismo es, pues, algo más que una preocupación exagerada por la nación. Tampoco se agota en la trivialidad antropológica de que todo grupo social necesita límites y estrategias para delimitarlas y para regular el cruce de fronteras y el acceso a la comunidad. El nacionalismo, como visión del mundo reduccionista y simple hasta el extremo, transforma los modos de relacionarse con el otro, que siempre es necesario renegociar, en un principio polarizador. El nacionalismo cambia la percepción del mundo.

El nacionalismo como instrumento de inclusión y exclusión

Como estructura sociocomunicativa, el nacionalismo es la forma de construcción identitaria de las sociedades modernas, mediáticas y migratorias. Karl Wolfgang Deutsch ha identificado al Estado nación como el instrumento político más poderoso de la historia de la Edad Moderna. El Estado nación surge como la forma política de la nación a través del nacionalismo. La enorme capacidad de movilización, inclusión e integración del nacionalismo, que se basa necesariamente en la exclusión de grupos claramente definidos, tiene como objetivo la integridad: la victoria sobre todos los enemigos externos, la exclusión de todos los enemigos internos y la inclusión de todos aquellos que pertenecen a la nación en un sentido étnico por descendencia o en un sentido político por voluntad.

Por esta razón, tras las guerras de unificación del Imperio alemán en 1864, 1866 y 1870-1871, los miembros de la Iglesia católica fueron condenados al ostracismo por ultramontanos y los socialistas por enemigos del Imperio. No debían ni podían pertenecer al cuerpo político de la nueva nación por sus lealtades anti y extranacional. Estos dos pilares sociales y morales de la sociedad alemana anterior a 1914, el catolicismo y la socialdemocracia, desarrollaron estrategias efectivas de nacionalismo compensatorio a través del catolicismo político y la socialdemocracia como reacción a esta discriminación para conseguir la participación po-

lítica que se les negó inicialmente. Contra todo pronóstico, su semántica política tendía a demostrar su fiabilidad nacional, apoyando al gobierno del Reich en el Reichstag tras el *Kulturkampf* o aprobando los préstamos de guerra.

Este patrón no se limita a la historia de Alemania, sino que se ve reforzado a partir de 1875 por la migración masiva propiciada por las condiciones de la modernización. El nacionalismo chino de la comunidad china en Estados Unidos hasta la primera mitad del siglo xx, enfocado inicialmente en la autoafirmación del propio grupo étnico y después en la integración política, también es el resultado de la discriminación, en este caso racista, en la sociedad inmigrante estadounidense. Cuanto más visible sea la diferencia étnica o cultural de un grupo discriminado, mayor será su tendencia a la autointegración nacional como primer paso en la lucha por el reconocimiento político como iguales políticos, aunque no culturales.

Un patrón general perteneciente a este contexto de construcción identitaria es la transmisión de la discriminación en función del progreso de la integración: las experiencias de exclusión no condicionan en absoluto la solidaridad de aquellos que son excluidos, aunque tales experiencias sean estructuralmente iguales. El éxito de la inclusión y la integración se confirma con el desplazamiento de la exclusión a otros lugares. El escritor y premio Nobel John Steinbeck encontró en este mecanismo social la explicación más importante de la paradoja de la identidad nacionalista de la sociedad inmigrante estadounidense. Los inmigrantes integradores de ayer se transforman en nuevos enemigos de la inmigración:

«Es posible que el primer colono que pisó estas costas, nada más quitarse las algas de los zapatos, se diera la vuelta y le gritara al viejo continente: “No más, ahora ¡es suficiente!”»¹¹.

Esto plantea la cuestión de cómo un pensamiento tan simple y radical que se basa en la oposición amigo-enemigo pudo hacerse tan popular y movilizar a las masas en las sociedades modernas. Las primeras tentativas de buscar una respuesta a esta pregunta no se hicieron desde la historia, sino desde la psicología.

En su libro *Psicología de las masas* de 1895, el psicólogo social Gustave Le Bon (1841-1931) fue uno de los primeros en caracterizar la psicología de la sugestionabilidad de las masas en el lenguaje de su época: cuanto más sencillo sea el mensaje de la distinción entre «nosotros y ellos», ma-

¹¹ «It is possible that the first colonist on these shores, as soon as he got the seaweed out of his shoes, turned and shouted toward the old country, “No more, now - that’s enough!”» (STEINBECK, 1968: 15).

yor será el efecto¹². Hermanos y hermanas se enfrentan a enemigos y traidores como si fuera evidente distinguir a los partidarios del bien y a los del mal, a los elegidos y a los rechazados. Cuanto más reconocible y conocido sea el enemigo, mayor será la cohesión y la identificación autoafirmativa con el bien: por un lado, Estados Unidos, la tierra de la libertad y el hogar de los valientes (*land of the free and the home of the brave*), por el otro, la Unión Soviética, el imperio del mal (*evil empire*) (Ronald Reagan, 1983). Estamos ante una emotividad propia de Star Wars, la eterna lucha entre el bien y el mal. No es casualidad que la participación en el elevado valor de la nación se describa a través de imágenes sacralizadas o religiosas de renacimiento, sacrificio y redención, mientras que sus enemigos se describen en términos de depravación, apostasía y blasfemia.

El nacionalismo, como forma sociopsicológica de movilización mediada por los medios de comunicación, es el primer recurso genuinamente populista de la política moderna¹³. No puede haber nacionalismo sin la promesa popular de convertir a todos los miembros de su grupo en ganadores y a todos los que no pertenecen a él en perdedores. Como lo primero es más difícil de realizar que lo segundo, el nacionalismo necesita enemigos y utopías exterminadoras sobre cómo tratarlos. El punto en común que tienen las luchas culturales del siglo XIX contra la Iglesia católica en numerosos países de Europa¹⁴ y la limpieza étnica de la guerra de Yugoslavia en los años noventa es la teoría y la práctica nacionalista y voluntarista de la homogeneización. El cuerpo único y sagrado de la nación debe de ser uno, indivisible y libre de enemigos.

«En la liberación de tales energías reside el valor y al mismo tiempo el peligro de tales ideologías. La devoción a la comunidad ideológicamente fundada tiene un efecto destructivo cuando el objeto de la devoción [...] se absolutiza y se eliminan todos los valores y normas superiores a él»¹⁵.

La utopía neoétnica (*neovölkisch*) de la comunidad popular (*Volksgemeinschaft*) del siglo XXI, a diferencia de una sociedad funcionalmente diferenciada y globalizada, promete la abolición de los antagonismos de clase y de raza mediante la creación de una estricta homogeneidad de la descendencia y el blindaje del Estado nación frente a cualquier migración. La implantación de esta utopía es posible gracias al éxito comunicativo de la política populista. Los procesos democráticos representativos que afectan a la desaceleración en el ejercicio del poder son sustituidos por la eficacia dinámica y desenfrenada de una voluntad colmena. Un poder sin mandato, práctica-

¹² LE BON, 2009: 43-53.

¹³ Vid. NOHLEN, 2015 (1): 513-515.

¹⁴ Vid. LILL/TRANIELLO, 1993.

¹⁵ RÖBLER, 1984: 89-110, 90.